

Francisco de Paula Santander

CARLOS LOZANO Y LOZANO*

En muy raras ocasiones reúne la naturaleza en un solo hombre los insignes y variados atributos que hacen de la personalidad del General Francisco de Paula Santander un caso único en la historia de América. Poseía, en efecto, todas las condiciones de un estadista, un magistrado, un guerrero y un político, dones que suelen excluirse entre sí por la diversidad de facultades que demandan. Pero tuvo, sin embargo, algo todavía más noble la personalidad de Santander: la grandeza moral. Muchos egregios varones han surgido en el Continente que al lado de condiciones de inteligencia y energía portentosas, han revelado deficiencias fundamentales en el terreno ético, o por lo menos han deslustrado su gloria por causa de la personal ansiedad de predominio, la violencia, la codicia, o cualquiera otra de las nefastas pasiones que avasallan el ánimo humano.

Santander, por el contrario, aparece ante la contemplación de la crítica, como un tipo acabado de conductor de pueblos. Fue un dominador que solía enfrentarse con aspereza a quienes le cerraban el paso. Fue también un espíritu frío, que dentro de su solidez granítica, no gustó nunca de la expresión excesiva de las emociones,

* Ex-Presidente de Colombia y de la Academia Colombiana de Historia. Parlamentario. Embajador. Hombre de gobierno. Uno de los grandes de la generación de "Los Nuevos". Murió muy joven.

ni del desbordamiento de los entusiasmos. Su frente no aparece nimbada con el sople romántico, y no pueden señalarse actos suyos marcados por el arrebató. El valor no se manifestó en su conducta como temeridad, ni su desprendimiento fue heroico. Austero, grave era una síntesis de fuerza, medida y equilibrio. Descidido a ser tolerante y conciliador, más por disciplina de la voluntad que por impulso natural, no cedió jamás cuando se había formado una convicción en cuestiones de principios, y en esos casos, sin alardes espectaculares, estuvo siempre dispuesto a perderlo todo, hasta la vida, antes que transigir. La razón de estado, honradamente entendida, lo obligó a ser severo, y su pulso no trepidó nunca al tomar resoluciones irreparables, o al asumir responsabilidades gravísimas. Nunca permitió como gobernante que el prestigio y los fueros de la autoridad sufrieran el más leve menoscabo. Ningún esfuerzo, ninguna fatiga, ningún sacrificio lo hicieron retroceder jamás. Con imperturbable igualdad de ánimo se le vio siempre sosegado y firme, lo mismo en medio de la holgura y la esplendidez, que ante la hostilidad de las selvas primitivas y de las pampas abrasadoras; pudo así, a pesar de haberse formado en la ciudad para las labores del bufete, adaptarse a la vida ruda y bárbara de los llaneros. Destinado a interpretar las leyes con el más elevado y erudito criterio, y a brillar en las asambleas políticas por su dilatada cultura mental, asistió impávido, sin un instante de flaqueza, a nueve años consecutivos de combates y batallas. Pero lo más sorprendente dentro de los rasgos de su personalidad, un tanto reconcentrada y enigmática, es la vastedad de su concepción del Estado, la robusta unidad de sus propósitos, al través de las más grandes vicisitudes, y la inexorable energía con que los llevó a término por encima de las más adversas circunstancias, y apartándose por sistema, de los procedimientos violentos. Letrado y jurista, su experiencia de los campamentos no modificó en un ápice la orientación civilista de su espíritu. Su mayor título al respeto de la posteridad es el haber sido un caudillo, que se erigió en adversario irreductible del caudillaje; un militar que se cuadró impasible, como un antemural, contra las tendencias de hegemonía del militarismo. La institución, la autoridad impersonal, la norma igualitaria, el principio de derecho, la estabilidad de un Estado superior a los hombres, fueron el rígido derrotero de su mente. Fue por eso el más auténtico intérprete del espíritu nacional de su pueblo que ha rechazado con tenacidad secular todo conato de arbitrariedad o despotismo; y su tarea histórica permanece por eso intacta, por encima de las agitaciones de las épocas y las mutaciones de los tiempos. Santander no edificó al azar. Entendió la índole y el destino de su patria, y le trazó a nuestra historia un cauce irrevocable, al cual ha vuelto siempre sosegadamente, después de transitorios desbordes o extravíos.

En su época casi todos los varones esclarecidos de América desconfiaron de la libertad. El no desconfió jamás. Muchos perdieron la fe. Otros la traicionaron. El la conservó siempre. Creyó en la democracia, se empeñó en implantarla y logró triunfar en la empresa. Y pudo establecer la libertad dentro del orden. Es un ejemplo solitario.

Santander cometió errores, quizás faltas. No podría negarse que en algunos de sus actos se descubren el rencor, el resentimiento y la soberbia. Sin duda había en él una aridez sentimental, algo duro y desapacible, una falta de amor y de efusión, que agravaron sus choques con sus contemporáneos; una rigidez que en diversas circunstancias se hizo impolítica. Fue más correcto que generoso; más estricto que magnánimo. Ríguosamente delicado en asuntos de probidad, no conoció la esplendidez. Sus arraigadas amistades fueron mas bien el fruto de afinidades intelectuales o políticas que impulsos de afecto. No tuvo ternura en sus relaciones con las mujeres y quizás no amó a ninguna. Todas estas condiciones que resultan opuestas a las del Libertador Bolívar, hicieron más hondos y dramáticos los antagonismos de ideas que surgieron entre ellos; pero le permitieron a Santander equilibrar y reducir a esquemas de acción los impulsos del genio, y contener los desbordes a veces quiméricos de su fantasía.

* * *

Sorprende y al mismo tiempo llena de admiración que en aquellos entonces, cuando aun las más elementales nociones de derecho público estaban entre nosotros tan sólo al alcance de un grupo muy reducido de la sociedad aristocrática; cuando el derrumbamiento de las primeras monarquías era todavía suceso reciente; cuando la constitución norteamericana apenas comenzaba a ser conocida y discutida en el mundo, y cuando todos tenían ante los ojos el ejemplo del sangriento caos que había acompañado a la primera república francesa, un hombre como Santander, en medio del oscurantismo, la ignorancia y la miseria que flagelaban a las colonias españolas del trópico, hubiera podido erguirse, con austeridad y dignidad soberanas, para fundar y organizar una verdadera república, genuina, ordenada y respetable, de acuerdo con el programa que señalan aquellas palabras suyas inmortales, que fueron inscritas más tarde en el pórtico de nuestro capitolio nacional, y que tienen toda la fuerza lapidaria de un apotegma de Cicerón o de Tucídés: "*las armas os han dado independencia; las leyes os darán libertad*". Al escribir aquellas palabras trazaba el General Santander el contenido y la meta de su ideal político, y señalaba también sin saberlo un derrotero a sus propios biógrafos. Porque obtener aquellas dos finalidades, la

independencia por medio de las armas, y la libertad por medio de las leyes, constituye la trama de la vida de Santander, la razón de todos sus actos, la inspiración de todas sus campañas democráticas, el estímulo de sus horas de abandono, de soledad y de amargura. Y esos dos grandes capítulos de su pensamiento, dividen también su existencia en dos partes, pues desde 1810 hasta 1819 se batió con bravura en los campos de batalla, disputándoles a los españoles frente a frente cada palmo del territorio colombiano; y desde 1819 hasta 1840 fue como gobernante, como parlamentario, como periodista y como jefe de partido, el más denonado y brillante de los defensores de la libertad y del orden. Organizador de la victoria, lo llamó el Libertador. Organizador de la República, lo ha llamado la posteridad.

Ha dicho Maquiavelo, con frase penetrante, que "si las democracias no fueran ingratas, perecerían a manos de sus grandes hijos". Esa es una enseñanza secular de la sabiduría humana, en todos los tiempos y en las más diversas latitudes. Pero en el caso de Santander, tan solo es verdadera la primera parte de aquella sentencia. Sus contemporáneos fueron ingratos con el insigne colombiano; pero ni la patria ni la república hubieran perecido jamás en sus manos. Recibieron, por el contrario, al través de todas las horas de su existencia el soplo tonificante de su voluntad y de su espíritu, y el amparo de su brazo potente. Y nuestro país lo vio un día llegar a aquel momento sublime de su parábola, en que transformado por una magna carrera en auténtico padre de la patria, pudo llamar a Colombia hija suya y recostarla con gesto tutelar sobre su pecho robusto pagándole así el don de su propia vida con una obra creadora de lineamientos perennes.

No bastó aquello sin embargo, para detener la virulencia de la crítica democrática; ni la ruda tormenta que desataron sobre su cabeza los viejos enemigos, ganados en el servicio de la libertad; ni aún la herida lacerante de la pluma y la palabra difamadoras. Y cuando a los 47 años de edad, agobiada la frente al peso de los propios merecimientos, después de haber escapado a una inicua sentencia de muerte, de haber vuelto del destierro a la presidencia de la República, y de haber abandonado el Poder a los adversarios que derrotaron a su partido en las urnas, recibió en la Cámara de Representantes, el más cruel de los ataques, se levantó noblemente, sin palabra alguna de queja o de violencia, replicó con una oración solemne y majestuosa que es una de las mejores páginas de la elocuencia en América, y agravada sin duda la enfermedad que padecía, por el íntimo desgarramiento del alma, se retiró del parlamento al lecho donde murió poco después,

formulando así la única tremenda protesta que cabía en el temple espartano de su carácter.

No podría caber dentro de los breves límites de un discurso como éste, el análisis siquiera somero de la personalidad proteiforme de Santander, ni el recuento de sus hechos, ni la discriminación de su obra de gobernante y hombre de estado, ni de su tarea espiritual, como orador, escritor, educador y polemista. Cada una de aquellas facetas de su intensa actividad, demandaría al menos un ensayo, para ser apreciada en su cabal significación.

No pretendo por lo tanto ahora sino trazar unos breves apuntes que presenten, en incipiente bosquejo, la figura del héroe.

* * *

Nació el General Francisco de Paula Santander el día 2 de abril de 1792 en la antigua y señorial Villa del Rosario de Cúcuta, dentro de la circunscripción política, vecina de Venezuela, que hoy lleva el nombre del prócer. Era hijo del gobernador de la Villa don Juan Agustín Santander, y de doña Manuela Omaña, y llevaba en sus venas, como si el destino hubiera querido fundir en su personalidad las cualidades vibrantes y heroicas de la raza española con la sagacidad y abnegación autóctonas, sangre de cierta princesa indígena, que fue una de sus abuelas.

Enviado a la capital del Nuevo Reino de Granada a estudiar leyes y humanidades en el histórico claustro de San Bartolomé, descolló al punto entre sus compañeros por su penetrante inteligencia, por su voluntad tenaz y por su ardoroso sentimiento del deber.

Era en aquella época Santa Fe de Bogotá el escenario propicio de un grupo célebre de ilustrados varones que llevaron adelante lo que ha sido llamado entre nosotros la Expedición Botánica, y que en realidad fue un esfuerzo, prodigiosamente consumado, para conocer la naturaleza de las regiones equinociales de América y para coordinar, escoger y clasificar sus elementos integrantes. Cuando Humboldt y Bompland visitaron aquel Instituto y estudiaron sus trabajos, quedaron maravillados ante aquel capítulo de la ciencia en América, y de ello dejaron imperecedero testimonio.

Pero la Expedición Botánica fue más que eso. Fue una escuela de austeridad, de desprendimiento, de cultivo estético de la personalidad, de irreductible resistencia a la tiranía, de entereza de carácter llevada hasta el heroísmo. La Expedición Botánica creó el ambiente

espiritual capaz de contener el ideal de la Independencia. Y la mayor parte de sus figuras representativas desempeñaron una misión histórica de primera magnitud en la epopeya emancipadora. Más tarde, en la época de la bárbara invasión de don Pablo Morillo, en 1816, cayeron como cosecha en flor, segada por la cuchilla inconsciente de la reconquista. Los cadalzos poblaron las calles de Bogotá y un río de sangre patricia corrió sobre la tierra como si el parto espiritual de las nuevas repúblicas exigiera por ley de biología social, aquel desgarramiento de las entrañas de América.

Mucho menor en edad que los hombres de la Expedición Botánica, Santander participó sin embargo, a los diez y ocho años en el golpe revolucionario del 20 de julio de 1810, que fue el fruto directo de las enseñanzas de Antonio Nariño, el traductor y divulgador de la declaración francesa de los derechos del hombre, de Camilo Torres, el orador excelso que formuló ese día el memorial de agravios de los granadinos contra la Metrópoli, de Francisco José de Caldas, el sabio genial, de Acevedo Gómez, Jorge Tadeo Lozano, Andrés Rosillo, Frutos y Gregorio Gutiérrez, Antonio Baraya y cien otros esclarecidos varones.

Todos recordamos el acta celeberrima, suscrita en la noche de aquel día, en la cual se afirmó la soberanía popular, se constituyó un gobierno local autónomo con el nombre de Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada, y se invitó a las provincias a nombrar diputados para reunirse en Congreso y expedir una constitución.

El grito de la rebelión estaba dado. La gesta emancipadora comenzaba. Fue aquel el comienzo admirable de una serie de luchas y vicisitudes tremendas, de escalofriantes sacrificios, de trágicas matanzas que culminaron en la guerra a muerte decretada por Bolívar en 1813, de sublimes esfuerzos de coraje y resignación, de victorias, derrotas y catástrofes, hasta que sobre el Puente de Boyacá, en la mañana del 7 de agosto de 1819, quedó definida para siempre, por la suerte de las armas y en batalla memorable, la libertad de la Nueva Granada. Más adelante la espada de Bolívar dejaría una huella épica sobre los campos de Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho; y un mundo nuevo tan grande como Europa, recibiría el aliento fecundante de su espíritu genial.

Santander aparece, pues, en escena, desde la primera jornada. Hermoso, gallardo; ennoblecida la amplia frente por el rescoldo interno del pensamiento, penetrante y segura la mirada, imperioso y resuelto el ademán, dotado de una prestancia señorial, de una

ingénita dignidad y de una figura imponente, que años más tarde hicieron exclamar al Príncipe Pedro Bonaparte que lo conoció en París. "He visto de cerca a todas las majestades de Europa, y puedo asegurar que no he conocido a nadie en quien la naturaleza hubiera impreso con caracteres más fuertes el don de mando que en el General Santander".

Imposible seguirlo al través de sus campañas, de sus hechos de armas, de su constante peregrinación por todos los rincones de la Nueva Granada y Venezuela, donde iba dejando a cada instante la marca de su coraje y la huella organizadora de su temperamento de guerrero letrado, que había aprendido el arte militar leyendo a Jenofonte en griego y a Quinto Curcio en latín.

Pero sí pueden recordarse algunos hechos que dan clara idea de la talla del personaje.

El 16 de septiembre de 1816, se encontraba el entonces Coronel Santander en las inmediaciones de Arauca en los llanos orientales de nuestro país al frente del ejército revolucionario, que él había contribuido decisivamente a formar con una columna granadina, salvada un año antes, en la provincia de Ocaña, después del desastre del General Urdaneta en Málaga, por medio de una retirada que los críticos consideran como una obra maestra de previsión, de energía y de táctica.

Aquel ejército revolucionario compuesto en su mayor parte de llaneros, heroicos pero bárbaros, intentó rebelarse contra la autoridad de Santander, joven entonces de veinticuatro años, e hizo propuestas al indómito General Páez para que asumiera el mando, por ver en él un representante mucho más definido de las instintivas condiciones autóctonas de los hombres de las llanuras vírgenes.

Surge entonces Santander, solo en medio de aquel tumulto de multitudes en armas, y clavando su espada en tierra afirma con nobleza y dignidad, que preferirá enterrársela en el pecho a consentir en la usurpación y el desacato, y que no entregará jamás el mando mientras su renuncia no sea sometida a los trámites militares y aceptada por la vía regular. Rendido el motín por el decoro del héroe, cede a la razón. Y Páez mismo secunda la actitud de Santander.

Traigo a cuento aquel rasgo, porque allí aparecen de relieve los dos aspectos fundamentales de su carácter: la energía inquebrantable y el respeto a los principios, a las normas, a las reglas de la conducta humana.

Confió en 1818 el Libertador Bolívar a Santander la Jefatura suprema de las operaciones, que de acuerdo con su plan de aguda intuición, debían conducir a la invasión de la Nueva Granada, superando las alturas heladas de los Andes. No en vano había demostrado el General Granadino en el Hato del Yagual y en diez acciones más, que sabía pelear como bravo, con la lanza en la mano, formar mandar y disciplinar cuerpos militares y proveer a su subsistencia y necesidades con recursos y armamentos casi insignificantes.

La acción proyectada por Bolívar es una de las más audaces de la historia americana. Se trataba de recorrer la distancia colosal que separa a Venezuela de las regiones del interior de Colombia, por la vía de los llanos de Casanare, distancia que hoy todavía con los medios modernos de comunicación, parece impresionante. Se trataba de trasmontar toda la cresta de la cordillera de los Andes, subiendo hasta el páramo de Pisba, para caer sobre los campos de la provincia de Boyacá, poco distante de Cundinamarca, donde se asienta la capital de la antigua Nueva Granada. Santa Fe de Bogotá. Se trataba de someter a los llaneros acostumbrados a vivir semidesnudos, bajo un calor canicular, a una marcha continua donde se encontrarían frecuentemente temperaturas de cero grados y aun menos, sin abrigo, sin lecho y casi sin alimentos, y sin poder hacer uso de las cabagalduras dada la topografía de la región, erizada de desfiladeros, y accesible sólo por verdaderos caminos de cabras. Y se trataba de obtener que a su llegada a las altiplanicies del interior, aquellas tropas agobiadas de fatiga, se enfrentaran a un ejército regular, admirablemente equipado, que venía de pelear en Europa contra Napoleón comandado por oficiales de primer orden, y vigorizado por un largo reposo en medio de la abundancia y la tranquilidad. Algo parecido en una palabra al paso de los Alpes, realizado en la edad antigua por Aníbal, con muchos mayores elementos y recursos, y considerado, sin embargo, como hazaña máxima de los fastos de la guerra.

La aventura parecía temeraria. Pero al tratar de ejecutarla, las dificultades resultaron mucho más grandes que los peores cálculos. Sin el concurso de Santander, que fue entonces providencial, semejante empresa no hubiera podido jamás realizarse.

La primera etapa de la campaña consistía en atravesar la inmensa extensión de los llanos, que a la sazón se hallaban intransitables a consecuencia del riguroso invierno. Desde el Apure hasta Pore había que cruzar innumerables ríos caudalosos, caños profundos y sabanas inmensas inundadas; había que superar el célebre estero de Cachica-

mo, que detenía aun a los más intrépidos viajeros. Más que un terreno sólido, era un pequeño mar el territorio por donde el ejército debía hacer sus primeras marchas. De otra parte los soldados que venían haciendo aquellas jornadas carecían de ropas y apenas se cubrían con guayucos, o sea, cortas fajas de tela atadas a la cintura.

No es el caso de rememorar ahora los innumerables episodios de aquella expedición heroica, ni las penalidades infinitas que padeció la pléyade libertadora. Pero sí conviene recordar, para la gloria de Santander, que un día el mismo Bolívar, el caudillo epónimo, se dejó vencer por el dolor de sus huestes, y pensó en abandonar la cruzada, abrumado por el desaliento.

Los soldados morían por centenares. Aquella peregrinación iba marcando su derrotero con una huella de cadáveres. El frío helaba y gangrenaba los pies, lacerados por las interminables marchas a pie. El material de guerra iba quedando abandonado, por falta de caballos que lo condujeran. Los alimentos y las medicinas se agotaban. Todo parecía conjurarse contra el designio del Libertador. Y todavía faltaba atravesar la parte más terrible del ventisquero, el sombrío páramo de Pisba.

Es entonces cuando Santander, llamado al consejo de oficiales, pide que se le permita realizar por sí solo la empresa, con su propia división, si Bolívar decide devolverse para salvar al ejército; y ofrece perecer o coronar su empeño, con inaudita abnegación que llenó de asombro a los testigos de la escena. Enseguida Anzoátegui, el brillante General venezolano, declara que no se quedará atrás de nadie y que está también pronto a llegar o morir.

El alma desmesurada de Bolívar, exulta entonces de alegría épica al darse cuenta de la bravura de sus capitanes; y en aquel mismo instante, llevado el caudillo por el impulso ardiente que presidió su vida, decide continuar hasta el fin.

El ejército se interna aun más en aquellas hondas soledades. Como lo ha dicho Eduardo Blanco, "el páramo lo envuelve en sus glaciales ráfagas, bate sobre él sus alas borrascosas hiere con furia aquél desnudo ejército, lo diezma, lo rechaza, lo atrae de nuevo, lo aniquila y perdura en su labor terrible, hasta que avasallado por la perseverancia de aquel atleta indomable, sede a su empeño y lo deja pasar".

Y la marcha termina. Y comienza a divisarse la tierra prometida. Desde el desfiladero de Paya, nuevo paso de las Termópilas, según la expresión de Bolívar, Santander había empezado a cubrirse de

laureles. Pero ahora los combates van a sucederse sin tregua. Implacables, sangrientos, pues los dos bandos saben que se trata de una hora suprema, de una cuestión de vida o muerte. Corrales, Gámeza, el Pantano de Vargas. Los patriotas se baten como fieras y arrollan a cada paso a los escuadrones de la reconquista española. Santander está presente en todas partes y en todas partes se exhibe y se porta como el mejor de los bravos.

Y llega la hora de Boyacá. Barreiro, el Jefe español, había gritado al empezar la batalla: "Ni Dios me quita la victoria". Horas después rendía su espada abrumado por una derrota Irreparable, de gigantescas consecuencias. La libertad de Venezuela, la del Ecuador, la del Perú, la de Bolivia, fueron posibles por la acción de Boyacá. Perdida la batalla de Boyacá, todo hubiera terminado por muchos años para la causa patriótica. Desde aquel día el nombre de Bolívar llenó todo el horizonte de América. Y Santander, entró a su lado, para siempre, al recinto de la inmortalidad.

Era preciso entonces obtener el fruto de la victoria. Era preciso rehacer a la Nueva Granada, casi destruida por la guerra. Era preciso expulsar a los españoles que todavía ocupaban la mitad de su territorio. Era preciso preparar las nuevas campañas. Y era preciso a la vez fundar una nación organizada, seria y respetable, que pudiera ser considerada a los ojos de Europa y de los Estados Unidos, como digna de su nuevo rango entre las naciones. Era preciso organizarlo todo una vez más por el tesón, la sabiduría y la prudencia de una mano experta. Bolívar no podía encargarse de aquella tarea. Era el rayo de la guerra y apenas cabía en el Continente. Su órbita estaba trazada de antemano: iba a libertar cuatro naciones más...

Y entonces fijó sus ojos en Santander. Y le confió aquella misión, sin duda inferior a la suya, pero también abrumadora.

Pocos meses después, a raíz del día inolvidable en que quedó constituida la Gran Colombia, por la unión de la Nueva Granada y Venezuela, el Congreso confirmaba a Santander el título de Vicepresidente de la República y lo encargaba del ejercicio efectivo del mando.

Es esta etapa de su vida en que el excelso varón, eclipsará sus propias proezas militares con la magnitud de sus esfuerzos civiles. Y será, por eso, para la historia, más que el General victorioso, el Hombre de las Leyes, según el concepto de Bolívar y de la posteridad.

Todas las dificultades ceden ante su mano de acero y su actividad sorprendente. Allí donde habían fracasado, diez años antes, todas las

mayores figuras de la Nueva Granada, tales como un Nariño, un Jorge Tadeo Lozano, un Fernández Madrid, Santander domina por natural imperio, el curso de los acontecimientos. Ya no habrá más reconquista española. El Presidente de la República asume la responsabilidad histórica de fusilar al jefe enemigo General Barreiro y sus treinta y ocho compañeros sin consultar siquiera a Bolívar. Así queda cortada para siempre toda tentativa de rebelión. Y así quedan notificados para siempre los europeos. Es lo mismo que hará el insigne Juárez, medio siglo más tarde, con el Emperador Maximiliano. Los honrados burgueses, que leen a Horacio y juzgan de los sucesos con microscopio, han censurado aquella determinación como un acto de crueldad. Parecen ignorar que la guerra a muerte había costado más de doscientos mil cadáveres, y que un hombre colocado en el vértice de una época histórica, no puede sacrificar el porvenir de su propia nacionalidad, a la satisfacción personal de ser comparado a Marco Aurelio. Los honrados burgueses pueden seguir discutiendo. Pero ninguno de ellos ha fundado ni fundará una patria. Aparte de aquella determinación de indispensable severidad, el gobierno de Santander se distinguió por su espíritu de tolerancia y por su ecuanimidad. Reflexivo y ponderado aunque firme, era su jefe un irreprochable demócrata, convencido como nadie de la necesidad de implantar en las antiguas colonias españolas la verdadera libertad política de acuerdo con el ejemplo de Washington. Y de fundar un estado de derecho, un sistema inalterable de legalidad, porque sin esa base que la sustente la libertad política no puede existir. pero quien dice legalidad, dice cultura, y de ahí que el Vicepresidente en ejercicio, como intérprete de la nacionalidad, fuera no sólo el paladín del espíritu civil, sino el gran sembrador, el gran organizador de la cultura colombiana.

Preferencia por las categorías estéticas y morales, escogimiento de las labores más altas de la mente dentro de la gran gama del trabajo y del esfuerzo, respeto ante los fueros de la inteligencia y la belleza, admiración rendida por el sabio, el artista, el santo y el héroe, voluntad de conocer la verdad, anhelo de superación, son características del grupo humano que puebla nuestro territorio. ¿Qué fue en efecto la Expedición Botánica, pórtico del nacimiento de la Patria autónoma? ¿No fue acaso, según lo atestiguan los grandes sabios europeos, el más alto capítulo de la ciencia colonial en América? ¿Y qué fueron los hombres que ella formó, sino figuras de atrayente reposo espiritual, sombras seductoras por el cultivo estético de la personalidad, por la aureola de gracia humana y de gallardía juvenil que las envuelve? Nimbadas están sus frentes por una exhalación de inteligencia, por un austero signo, y todavía flota sobre sus vidas gloriosamente plenas o noblemente truncas, la huella de la razón, el sople de la espiritualidad.

Psicología política asentada sobre la libertad; repugnancia natural por la arbitrariedad; organización social fundada en la medida y el orden; amor por las ideas, amor por la cultura. Así podría definirse en breves líneas el ambiente de la Nueva Granada, tan diferente del de otros pueblos hispanoamericanos. Por eso la cultura ha sido y es la misión peculiar de la República en el Continente y el gran unificador ideal de la nacionalidad, como lo reconocen todos nuestros grandes historiadores, estadistas y sociólogos. Santander supo captar desde el comienzo de su carrera este aspecto fundamental de nuestra idiosincrasia. Y por eso, cuando en solemne y reciente conmemoración se restableció en Bogotá el Museo Histórico, científico y artístico, se le colocó bajo la guarda tutelar de su primer fundador. Del hombre de pensamiento que al regresar de las batallas, en vez de dar muestras del desorden espiritual de los cuarteles, coloca entre las primeras preocupaciones de la patria naciente, la de "esparcir dondequiera las luces", según la expresión de D. José Manuel restrepo. Por eso al trazar los rasgos salientes de la administración Santander, hay que rendirle homenaje a su Jefe, como animador de la ciencia y de las letras, como inicial propulsor de la enseñanza del pueblo.

La colonización española había tenido muchos aspectos condenables. Pero no puede negarse que las instituciones jurídicas que fundó entre nosotros estaban inspiradas en un alto espíritu de respetabilidad y de justicia. Los gobernantes castellanos no fueron déspotas brutales ni vulgares usufructuarios del mando. Los teólogos al servicio de la corona habían impregnado de nociones morales y religiosas el sistema de gobierno. Entre la teoría y la práctica hubo siempre un abismo; el hecho fue desconcertantemente inferior al derecho; y los indios sufrieron una tenaz explotación, en algunos casos impiadosa, por virtud del régimen aberrante de las encomiendas. Pero de todas maneras, España nos dio una legalidad y una trama civilizada de normas de convivencia social. Levantaron los españoles monumentos artísticos de superior importancia, y algunas fábricas arquitectónicas, dignas de respeto. Transformaron selvas y desiertos en fundos y ciudades, el campo eriazó en centro de cultivos europeos, la llanura solitaria en jugosa pradería de inúmeros ganados, la barbarie o la incoherencia de sociedades incipientes, en centros de cristiana civilización. Pero en la esfera de la cultura, su obra fue tardía, flaca, casi nula. Unos pocos colegios para jóvenes de familias nobles, donde apenas se enseñaban nociones estereotipadas y arcaicas de pobre filosofía y derecho de corto vuelo. Aun las damas ilustres de alto rango consideraban natural y hasta ortodoxo no saber leer ni escribir. Durante aquel vasto océano de conformidad y lentitud que duró doscientos sesenta años, las cuatro quintas partes de la población estaban sumidas en una ignorancia total. Un

catolicismo misterioso, devorado por el temor a la heregía, consideraba providencial el silencio insondable de las mentes populares. Un día, ya al término de su ciclo histórico, nos enviaron a Mutis, que fue como un relámpago prodigioso en medio de la oscuridad. Pero de cuántas asechanzas y dificultades rodearon la torpeza y el fanatismo al excelso gaditano.

Fuera de un núcleo, insignificante por el número, pero supremo por la calidad, la nación estaba petrificada en la incultura, cuando llegó Santander al gobierno, después del azote de una guerra de nueve años, que había reducido el Nuevo Reino a la miseria. Y en aquella misma hora de dificultades imponderables, que escalofrían a todo el que se asome a contemplarlas con espíritu investigador, el General de la campaña de Boyacá se lanza a fundar escuelas y colegios, a regar por aquella república virgen las simientes de un desarrollo mental, de un adoctrinamiento de las multitudes. Y a la vez se empeña en vivificar, dilatar, modernizar por medio de la ciencia positiva, los viejos claustros señoriales, donde languidecía una rutina somnolienta. Emocionadamente, y con verdadero asombro, leemos hoy el célebre decreto de 1820 por medio del cual organizó el Vicepresidente Santander la instrucción pública. Un trazo de pluma de aquel puño vigoroso, hizo surgir de la nada en breve lapso, más de mil escuelas, empresa que aun hoy, con recursos ciento ochenta veces mayores, nos parece utópica a los colombianos de 1949. Voluntad dominadora, afirmó Guillermo Valencia al referirse al Hombre de las Leyes. Voluntad dominadora, sí; pero guiada por el espíritu y esclarecida por el ideal. Los sabios europeos comienzan a llegar Boussingault, Rivero, Roullin, Bourdon, Godte, inician sus cátedras. La Academia Colombiana se instala. San Simón en Ibagué, Boyacá en Tunja, Antioquia en Medellín, Santa Librada en Cali, y muchos otros institutos, sólidamente constituidos, abren sus puertas a la juventud anhelante. Las huellas de esa insigne actividad decoran hoy todavía en los lugares que constituyen como puntos irradiantes de la nacionalidad, el mapa de la República. Santander no edificaba al azar, ni hacía cosas efímeras. Los sillares que hundía profundamente en la tierra, allí están donde él quiso dejarlos. La idea de dotar el museo nacional, suya fue. Y ahora ha vuelto a levantarse como un mudo testigo de la prestancia del héroe.

Su mirada sagaz y penetrante abarcaba todo el escenario político, el jurídico, el militar, el económico; y abarcaba a la vez el vasto panorama de la cultura; en forma orgánica, armoniosa, jerárquica. Desde las altas especulaciones de la mente, como las humanidades, la astronomía, la geología y la física, hasta el dibujo y la enseñanza de los números.

Veintiseis mil estudiantes escuchaban las nuevas lecciones, al abandonar el estadista granadino la silla consular. Procedió con razonada justicia López de Mesa cuando emplazó a las nuevas generaciones a considerar el volumen de esta obra, dentro de las ásperas condiciones de penuria y asolación en que fue realizada. Y cuando exclamó: "Desde la cumbre moral de esta Santa Fe, hasta el remoto confín de las aldeas limítrofes que él demarcó y defendió, un canto y un sollozo le dicen: ¡Padre!

Pero es preciso levantar el plano de esta exposición todavía más y no sólo rendir pleitesía a quien sentó las bases del renombre que más adelante fue adquiriendo esta República como albergue esclarecido de las letras en nuestra América criolla, sino a quien estableció en su conjunto la fábrica de la nacionalidad.

La simplificación simbólica de la historia, fenómeno inevitable que se produce aún en los países más cultos, por virtud de las leyes de la psicología, ha determinado entre nosotros una estratificación intelectual respecto de los resultados de la batalla de Boyacá. Lo que se enseña en las escuelas y liceos es que esta acción de armas produjo la libertad de la Nueva Granada. La inmensa mayoría de nuestros compatriotas está inconscientemente persuadida de que después de esta batalla, nada quedaba por hacer entre nosotros para asegurar la independencia y para consolidar una república libre. Al partir de esta premisa, la tarea que le correspondió confrontar al gobierno de esa época, queda simplificada hasta el extremo. Y las dificultades y peligros de índole formidable que asediaban entonces a los patriotas, desaparecen de la mente que piensa ahora los hechos, sobre la base de la simplificación simbólica.

Ahora bien: la realidad histórica, la verdad verdadera es completamente diversa. La batalla de Boyacá fue efectivamente de una inmensa importancia. Abrió una nueva etapa de la guerra de independencia. Y dotó a los Padres de la Patria de una gran trinchera para las operaciones del inmediato futuro. Pero dejó subsistentes una serie de problemas de inmensa magnitud. Como esos problemas fueron resueltos en su debida oportunidad, hoy tenemos la tendencia de reducir sus proporciones o de hacerlos desaparecer de la escena. Pero si hombres de menor estatura, de menos descoltantes capacidades, de puño vacilante o de garras limitadas hubieran estado actuando en las esferas de comando, la batalla de Boyacá, afortunada como muchas otras, habría sido apenas un episodio de la guerra magna. Fueron el ímpetu avasallador de Bolívar y la egregia capacidad de dirección y organización de Santander, los que convirtieron en un desenlace histórico lo que en un principio no fue sino el remate afortunado de una campaña sobre un determinado frente.

Vinieron después de Boyacá, Carabobo, el lago de Maracaibo, Pichincha, Junín y Ayacucho. Una serie que podemos llamar prodigiosa, de esfuerzos de superación y de victoria. Pero ¿acaso estaban ellos implícitos en la acción de Boyacá? De ninguna manera. Basta recordar el desastre de Nariño en Pasto, durante la etapa de la Patria Boba, cuando dispusimos de varios años de posibilidades de organización y disciplina, sin un adversario capacitado al frente, para comprender lo que habría ocurrido después de 1819, cuando la Monarquía española, restablecida, disfrutaba de inmensos elementos de acción, si no hubiera habido Jefe de Estado apto para hacerse superior a las dificultades.

Reconstruyamos mentalmente, a la luz de los documentos y de las circunstancias reales, el ambiente de la época cuando le cupo al joven General Santander, de veintisiete años de edad, la misión de consolidar una nación y una República, sobre un terreno movedizo. La misma Santa Fe, capital del nuevo Estado, era un hervidero de intrigas, de desconfianzas, de temores. La barbarie de la reconquista de Morillo y el recuerdo de los titubeos, incertidumbres y ensayos de la primera patria, habían producido un escepticismo general. El grupo culto y rico de la sociedad pensaba que la flamante Colombia era apenas otro experimento incapaz de afirmarse, una frágil barca destinada a zozobrar. En el pueblo había mucho odio contra los verdugos de 1816. Pero el ejército realista había hecho muchos contactos durante una larga permanencia en el país; y había difundido la idea de que grupos humanos en formación, sin una tradición autónoma, sin discernimiento de los ideales democráticos y sin riqueza inmediatamente explotable, eran incapaces de hacerles frente a los vastísimos recursos de la dinastía borbónica y a las actividades de la Santa Alianza. De ahí el peligro que representaban Barreiro y sus oficiales, en continua comunicación con muchos elementos pudientes de la espuma aristocrática santafereña.

Pero tendamos un poco la mirada sobre los ámbitos de la República naciente. Venezuela estaba completamente en poder del ejército de la reconquista, salvo sus regiones extremas, despobladas e inhóspitas. El Ecuador había caído en el marasmo y no parecía capaz de grandes esfuerzos. Y entre nosotros, dentro de los linderos de la Nueva Granada, el territorio disponible era muy limitado. Tan sólo el puro centro del país estaba en manos de los patriotas. Antioquia, que entonces comprendía los actuales departamentos del Magdalena, Bolívar, Atlántico y Caldas, y el inmenso Cauca, se hallaba bajo el dominio de las huestes realistas. Se iniciaba apenas la lucha para limpiar de enemigos al antiguo Nuevo Reino. Como lo ha dicho en breve síntesis el doctor Salvador Camacho Roldán "era preciso

enviar infanterías al Apure para cubrir la línea de batalla en que el General Páez hacía frente a Morillo, desde las vertientes del Arauca hasta Angostura. Formar un ejército para invadir a Venezuela por las provincias de la Cordillera, desde Cúcuta hasta Barquisimeto, a fin de inquietar la retaguardia de Morillo. Construir una escuadrilla para desembarazar el Magdalena y abrir paso a las tropas independientes hasta Cartagena. El ejército sitiador de Cartagena debía empezar a formarse en Antioquia y en Honda, a órdenes de Córdova y de Maza, quienes debían bajar, el uno por el Cauca y el otro por el Magdalena, a reunirse en el empuje irresistible de Tenerife, para ponerse en Calamar a órdenes de Mariano Montilla. Sitiar y ocupar a Cartagena; marchar luego sobre Santa Marta y Riohacha, y atravesando la península guajira, embestir por la espalda a Maracaibo. Favorecer la insurrección del Valle del Cauca, invadir a Popayán por el Valle de Neiva, hacerse dueños del Atrato y conquistar la salida por él al Atlántico y al Pacífico. Ocupar a Pasto, proteger la insurrección de Guayaquil y cortar la comunicación entre el Virrey del Perú y la Presidencia de Quito. Sostener la escuadra del Atlántico a órdenes de Brión, formar otra nueva bajo la dirección de Padilla, el Nelson colombiano, y preparar, en fin, los elementos para incorporar en Colombia la gran posición comercial y estratégica del istmo de Panamá, hasta entonces cuidadosamente mantenida bajo el poder español”.

Todo este gigantesco plan de acción se cumplió en sus diversas fases de manera más o menos exacta. En su desarrollo colaboraron muchos hombres de excepcional capacidad y un pueblo dominado por una verdadera mística, dispuesto al heroísmo y al sacrificio. ¿Pero, cómo olvidar o disminuir el impulso animador del hombre que se hallaba al frente del gobernalle, del hombre de cuyo cerebro procedían la voz de orden y la responsabilidad fundamental? Tomando en cuenta todos los elementos allegados por la historia hasta el presente, podríamos afirmar que había en toda la extensión del mundo bolivariano algún otro hombre más capaz o igualmente capaz para esta empresa? Páez, Úrdaneta, Nariño, Zea, peñálver, Flórez, Santacruz, Lamar, o el mismo Sucre, genio de la guerra, ¿habrían podido consumir felizmente esta tarea de organización y previsión que podemos llamar titánica?

Pero había algo más que preparar, algo de mayores proporciones todavía: hacer posible la libertad del Perú, clave de los destinos de América, pues se conservaba allí el más poderosos, vasto y disciplinado de los ejércitos del rey. Corresponde a Bolívar y a Sucre la gloria de la campaña, de inauditas dificultades. Y a Córdova, el momento estelar de Ayacucho. Pero, la tarea administrativa, la labor

innumerable de arbitrar recursos, preparar ejércitos, embarcarlos, transportarlos, acopiar elementos, en un país reducido a la miseria, devastado por diez años de guerra, ¿a quién le correspondió? Millares de fusiles y millares de lanzas, centenares de miles de cartuchos, grandes cantidades de pólvora y piedras de chispa, vestuario de todo género en proporción acorde con el número creciente de soldados que iban saliendo de todos nuestros puertos, víveres y vituallas para sostenerlos en el curso de dilatadas travesías, fueron enviados al Perú. Y fue necesario tomar todas las disposiciones necesarias para impedir que nuestros parques y equipos quedaran peligrosamente debilitados en un país apenas libertado y con graves problemas de defensa y orden público, pues no había tan sólo enemigos exteriores, sino conflictos internos como la contra-revolución de Pasto. Pero de otra parte carecíamos de transportes marítimos, y hubo que llevar adelante laboriosos y complicados arreglos para conseguirlos, pagando elevados fletes a los propietarios y disponer convoyes armados que los protegieran. Trasladar más de once mil hombres a territorio extranjero, de manera sistemática, disciplinada y decorosa, sin desguarnecer a una nación cercada de amenazas, es tarea que haría estremecer a cualquier estadista de la época actual, cuando contamos con más de diez millones de habitantes, con una vasta red de comunicaciones de todo género, y con una producción nacional cincuenta veces mayor. En medio de un pueblo desarticulado, desangrado, miserable en términos económicos, agitado por múltiples rivalidades y facciones, con un Congreso inclinado a la belleza teórica de la controversia y del libre examen, y sin desconocer o alterar el ritmo de la legalidad, Santander logró llevar a término este último capítulo de la preparación de la epopeya. No se desgajaron sobre su frente los laureles de la lucha militar. Pero es que detrás de los ejércitos debe marchar, tiene que marchar el espíritu de la administración y de la organización, que sólo muy pocos poseen y sin el cual aun los hombres geniales en el campo de la estrategia y de la táctica, no pueden triunfar.

Veamos ahora, escogiendo dentro de la jerarquía de importancia de los problemas un solo aspecto más de la obra de Santander, pues la forzosa brevedad de una serie de conferencias como las que constituyen este curso de historia, no permite analizar asuntos de tanto alcance como el nuevo sistema de la administración de justicia, la solución de las cuestiones fiscales, el arreglo de la distribución de la deuda, la preparación de los nuevos códigos. Quiero referirme a la política internacional.

En este campo el Libertador Bolívar tuvo intuiciones geniales que hacen de él el precursor de todas las normas que trece décadas después se han adoptado a fin de robustecer y defender el Continente

contra las amenazas exteriores y las querellas internas. Su visión portentosa alcanzó a discernir, al través de las brumas del futuro, los problemas y las inquietudes de la época actual, pero a su lado florecieron los espíritus superiores, capaces de desarrollar, de precisar, de llevar a la práctica y de someter a los contornos de la realidad, las perspectivas ecuménicas de aquella mente excepcional. Santander, D. Pedro Gual, D. Manuel Torres, son las primeras figuras de esta constelación.

En materias internacionales, Santander es la ponderación y la estabilidad. Su raciocinio y su conducta no alcanzan el vuelo aquilino de los del Libertador, pero constituyen algo así como el contrapeso de los inevitables excesos del genio, de los desmesurados impulsos de su ánimo heróico, que hubieran podido conducirlo a la quimera. Santander le imprime a la marcha de las cosas, al manejo de las circunstancias, un sentido de equilibrio, un trazo de madurez, que complementan y hacen viables, aun limitándolos, los prospectos de Bolívar. Como iniciativa peculiar de su estilo, introduce en la política gran colombiana el concepto del acercamiento y la estrecha colaboración con los Estados Unidos. Preciso es confesar que sin él este punto de vista esencial no hubiera sido contemplado con la debida amplitud, y que se hubiera producido así un vacío en nuestra actitud internacional. El tiempo ha ido demostrando la solidez y la trascendencia incalculables de esa tesis. A este respecto nadie vio tan claro como él. Bolívar no había pensado en invitar a Panamá a los americanos del norte; Santander lo hizo y en muchas ocasiones más acentuó y vigorizó esta sagaz orientación.

Débase también a este prócer el postulado de la soberanía completa y la independencia recíproca de las naciones de América, dentro de un sistema de solidaridad y de armonía. No creyó posible ningún proyecto de verdadera confederación y los hechos han confirmado enteramente ese punto de vista que demuestra cómo apreciaba y medía la realidad circundante. Y se le debe otro postulado: el de la no intervención en los asuntos internos de los demás estados, a menos que se tratara de un llamamiento espontáneo de algún pueblo hermano en defensa de su libertad, principio que ha pasado a ser hoy la clave del sistema panamericano. Estas dos grandes ideas bastarían para consagrar su nombre como maestro en el campo de las relaciones exteriores. Pero hizo muchas otras cosas insignes: así, la campaña diplomática que culminó con el reconocimiento de nuestra independencia por el gobierno norteamericano y las naciones europeas y las sabias gestiones para mantener la amistad de Colombia con el Imperio del Brasil, a pesar de la diversidad de los regímenes políticos, amistad que un excesivo celo por las aspiraciones de la Argentina hubiera podido hacer peligrar por muchos años, con grave

quebranto de nuestros intereses. La intervención del Vicepresidente contuvo en este punto, como en otros, los ímpetus de la garra bolivariana. Hoy, un siglo y medio después, la amistad con el Brasil sigue siendo uno de los ejes vitales de nuestra diplomacia. De esta manera Santander proyectó sobre todo el panorama continental su sagacidad de hombre de Estado.

Es preciso quebrar aquí el hilo de este discurso para exponer en la próxima conferencia las bases de la filosofía política del fundador de la República. Paguemos, para terminar ahora, tributo de alabanza al héroe organizador en cuyo cerebro acendró sus mejores jugos la sabiduría; discurrieron las ideas con deslumbradora claridad; des-puntaron los impulsos de la dinámica creadora en continua gestación; surgió el bosquejo de las grandes empresas, fácil, espontánea, caudalosamente, tuvieron cabida todas aquellas pasiones viriles que elevan al hombre sobre la escoria del mundo. Al héroe que nos recuerda las virtudes de Hércules, pero serenamente ennoblecidas por algunos de los atributos apolíneos. Al héroe dotado de soberana fuerza para edificar y destruir, para mandar a los propios y aplastar al adversario, cuya hermosa cabeza pensadora guarda el amor por la cultura, el sentido de la medida y el límite, la hidalguía del ademán, la aptitud para la renunciación.

* * *

El Libertador Bolívar, en una de aquellas inolvidables síntesis, propias de su mente genial, expresó en breves palabras lapidarias el contenido de la obra de Santander, legando a la posteridad un juicio que se mantiene hasta ahora por encima de las amarguras y desavenencias que separaron más adelante a los dos grandes hombres en la dura brega de la vida política: "Vuestra Excelencia ha resuelto el más sublime problema de la política: si un pueblo esclavo, puede ser libre"...

Es muy hondo el contenido de esa frase. En la época en que vivió Santander, un mundo entero, un mundo nuevo estaba pendiente de esa interrogación que el prócer colombiano pudo decidir en forma afirmativa, haciéndole a la cultura humana el aporte de la organización de un pueblo libre, muy pocos años después del término de su cautiverio. Para consumir un esfuerzo de esta índole, se requieren condiciones que sólo muy pocos hombres logran reunir en dilatados espacios de años. Sólo de tarde en tarde florece una voluntad capaz de marcar con su huella la vida de una nación al través de los tiempos, y de trazarle un cauce al destino de una sociedad política entera, más allá de las pugnas transitorias de los partidos, de las necesidades y

problemas de una época, de la marcha evolutiva de las ideas, y de las preocupaciones y anhelos propios de cada generación. Como organizador de la república, Santander permanece todavía solitario en la historia de Colombia, y domina todo el panorama de un siglo, desde una altura que nadie ha podido ni intentado escalar. Admiradores de su obra o indiferentes ante ella, adversario y aun detractores de su nombre, todos los gobernantes de nuestro país, han tenido que imitar a Santander, han tenido que seguir su ejemplo, y es tan grande el peso de su estatura sobre la posteridad, que nada se hace ni remueve entre nosotros al través de doce décadas, sin que sea inevitable mencionar y discutir a quien ha sido y sigue siendo el conductor espiritual de la nacionalidad.

Nadie ignora el temeroso desafío que constituyó en todas las regiones del Continente, para los fundadores de la América libre, el tránsito súbito de un coloniaje secular a la República democrática, con todas sus consecuencias. Pueblos absolutamente iletrados, procedentes en gran parte de razas débiles y enfermizas, habituados a un yugo secular, fueron llamados a decidir por intermedio del sufragio, de los destinos públicos. Al través de distancias desmesuradas y sin vías de comunicación había que organizar los servicios administrativos. Era necesario mantener encendida la tea libertadora, pero reprimir a la vez el odio y la licencia y el desorden. Era necesario crear grandes recursos en medio de la miseria general, para continuar atendiendo a los enormes gastos de una guerra en marcha, y para dotar de los innumerables instrumentos que demanda un gobierno eficaz y progresista a pueblos ansiosos e impacientes, que esperaban milagros de los nuevos sistemas. pero, sobre todo, era necesario cortar las cabezas deformes de la anarquía, la violencia y el caudillaje, e impedir que las nuevas nacionalidades, impreparadas para el gobierno propio, se precipitaran al caos, en medio del tumulto de las pasiones desatadas, de la ambición de los nuevos hombres formados en la aspereza impulsiva de los campos de batalla, y de las obcecaciones doctrinarias, de grupos de ideólogos, embriagados por los conceptos abstractos y sin ninguna experiencia de las demandas imperiosas de la vida práctica. Toda gran revolución hace aflorar al primer plano de las actividades sociales a muchas categorías de gentes, indispensables para la hora de la agitación y de la lucha, ya sea por la energía de su temperamento, el fanatismo de sus convicciones, o el don de mando y el coraje personal, pero incapaces para el sosiego y la disciplina y nocivos por su ignorancia, su falta de escrúpulos, su tendencia al encumbramiento personal y al despotismo. Y toda gran revolución relaja los resortes colectivos de la moral, ya sea por los sacrificios y privaciones que impone a los pueblos, ya sea por las

ineludibles concesiones que es preciso hacerles a los bajos instintos, a la brutalidad y a la concupiscencia de la especie.

Dominar un escenario de esta clase, y dominarlo no de cualquier manera sino con un alto propósito inquebrantable, dominarlo sin ninguna ambición adjetiva, es decir sin aceptar en la diección de los negocios públicos la interferencia de intereses particulares de cualquier género que fuesen, ni de proyectos encaminados a favorecer a un personaje, a un grupo o a una oligarquía. Imponer la absoluta obediencia a la constitución y a la ley, por encima del criterio arbitrario y orgulloso de una pléyade de militares llenos de merecimientos heroicos, pero poco conscientes del verdadero alcance de la cultura política en cuyo nombre se había adelantado la lucha de la emancipación. Fundar y consolidar una serie de instituciones impersonales, dotadas de vida propia para mantener el orden sobre la base del espíritu cívico y el honrado consentimiento de los ciudadanos. Reemplazar por el ascendiente de los principios superiores el turbión de los apetitos individuales, la estrechez del criterio localista, y el sometimiento pasivo de las mentes débiles o claudicantes al pretigio deslumbrador de los caudillos. Organizar con independencia de las preocupaciones efímeras de los que sólo contemplan la trama de los problemas del día, una nacionalidad fuerte, culta y respetable, sobre sillares capaces de resistir los vaivenes y vicisitudes del tiempo. Tal fue el papel histórico del General Santander. Supo atender siempre con escrupulosa minuciosidad los detalles cotidianos de la administración; y quiso y lo logró hacer un gobierno ejemplar en el despacho de las cuestiones de actualidad. Pero su grande ambición, porque fue sin duda muy ambicioso en su papel de modelador y constructor, fue trabajar para el futuro lejano, trazar un cuadro definido dentro del cual pudiera desenvolverse por un dilatado lapso la marcha del país. Dejar en pie y marcadas con un cuño de estabilidad, de continuidad y permanencia, los instrumentos propios de un estado orgánico, como los que funcionaban en Europa.

Para lograr ese fin, era necesario herir vivamente la sensibilidad de las masas, por medio de actos y palabras que encauzaran su criterio; era necesario producir un choque sobre la receptividad psicológica de la colectividad. Inculcar de una manera profunda, hasta confundirlas con las corrientes dinámicas de la mentalidad popular, las nociones primordiales que sustentan el engranaje político de las naciones bien constituidas, o sea: la legitimidad como base de la autoridad; el acatamiento sistemático de esa autoridad como base de la libertad; la norma previa de índole general, como antecedente ineludible de cualquier providencia de gobierno; el respeto intransigente de todo derecho otorgado por las leyes a los ciudadanos; la

repugnancia que deben inspirar de una parte la conspiración, el golpe de estado y las variadas formas de la subversión del orden; y de otra parte, los actos arbitrarios, ilegales o despóticos de los que ejercen el mando. Santander no quería obrar simplemente sobre sus contemporáneos; aspiraba, y acerca de este punto su victoria ha sido completa, a que ellos pasaran a ser agentes activos del pensamiento civilista, sobre las nuevas generaciones.

Pretendía fundar una escuela de relieves tan vigorosos, que fuera capaz de transmitir a la posteridad una cátedra ininterrumpida de legalidad y de orden. De ahí que en muchas ocasiones exagerara su rígida postura de magistrado; de ahí que fuera inexorable y por lo mismo quizás impolítico en el cumplimiento de ciertas sentencias de los Tribunales, en materia de crímenes de sangre; de ahí que aun en horas muy delicadas de la guerra contra los españoles en el Perú se negara a imponer contribuciones sin la autorización del Congreso; actitudes todas éstas que despertaron contra él las críticas de sus contemporáneos, y lo indispusieron con la mayor parte de sus compañeros de armas.

Pero examinada con la serenidad que da el tiempo esa conducta, y vistos sus resultados al través de un siglo de historia, cómo resulta de sagaz y penetrante; como aparece con toda claridad como la única que podía salvar al país de naufragar en el piélago de un caudillaje sin cauce y sin rumbo.

Debe pensarse en que Santander era un demócrata convencido y sincero; un hombre que ni siquiera a título de expediente transitorio o como etapa de preparación para el futuro, aceptaba el ejercicio de la dictadura. Su formación espiritual y su noción del deber y de la ética le vedaban quebrantar los postulados que constituían la base intelectual e idealista de la campaña libertadora. No pensó nunca en imponer el orden por medio de la violencia, en anonadar a sus adversarios por medio de la fuerza, en reprimir las libertades públicas para suprimir la propaganda de las diversas ideas que consideraba funestas para la República. No pensó nunca en sustituirse a la voluntad de la nación o en usurpar los fueros de la conciencia colectiva. Fue, sí, el intérprete esclarecido de esa voluntad y de esa conciencia, la mente sosegada y geométrica que recogió los anhelos confusos de la muchedumbre, los ideales dispersos del pueblo, para reducirlos a síntesis precisas, transformarlos en esquemas de acción y consumarlos con intrépida serenidad. Santander sabía exactamente lo que significa una República genuina, conocía la intensidad con que sus compatriotas deseaban el advenimiento de esa República, y se esforzó por implantarla de acuerdo con los métodos que son

peculiares e inseparables de la República. No toleró la anarquía democrática, ni hizo cesarismo democrático. Constituyó honrada y firmemente las bases de las democracias.

Pero además, y esto es todavía más fundamental, o, para decirlo mejor, es esa la piedra maestra de su construcción arquitectónica, Santander llenó el vacío vertiginoso que se había abierto en el espíritu de su pueblo, con motivo del derrumbamiento del imperio de la Monarquía española. Aquí su pensamiento es genial y lo coloca a la altura de los grandes estadistas de la historia, por encima de todos los otros políticos del Continente. La autoridad del rey, esa autoridad respaldada durante siglos con la tesis del derecho divino, esa autoridad formidable, temida y acatada, esa serie de instituciones y de leyes consolidadas por una experiencia antiquísima, era inclusive ante el criterio cien veces más ilustrado de los europeos, una avasalladora fuerza subconsciente, una mística, que sustentaba todo el equilibrio social, un punto de referencia donde convergían y se atenuaban las corrientes del pensamiento social. Era la clave del orden y la paz. Suprimido violentamente todo ese andamiaje, si no se le sustituía con algo también muy fuerte, muy sólido, susceptible de obrar de una manera dramática sobre la imaginación de las gentes, era imposible pensar en el advenimiento de un nuevo Estado de verdad, un estado orgánico.

Santander se propuso crear la mística de la ley, el mito de la ley, si se quiere. Se propuso crear el gobierno como entidad abstracta e impersonal, el gobierno como institución descarnada, superior a los hombres y sin nombre de caudillo. El gobierno cuyo prestigio emana de ser el gobierno, es decir, la autoridad suprema escogida por el pueblo, quienquiera que sea el llamado a ejercerlo. El gobierno como símbolo tangible de la idea de República. El gobierno como concentración de voluntad y de poder, fundado en el consentimiento, pero consentimiento irrevocable de los ciudadanos. El gobierno que se confunde con la legitimidad y la legalidad. El gobierno contra el cual nadie puede erguirse por medios coactivos y violentos, y que tampoco nadie puede usurpar ni detentar. A este respecto el ejemplo y la predicación de Santander fueron tan enfáticos y tenaces, y de una aspereza tan ilustrada y segura, que ningún colombiano ha podido sustraerse jamás a ese criterio, que quedó anclado en el espíritu del pueblo con una vivacidad inextinguible. Por eso han fracasado en nuestro país todas las revoluciones con una sola excepción en un siglo, los golpes de estado han sido más raros aún que en las naciones de Europa, y sólo han podido triunfar dos, que invocaban precisamente razones de legalidad.

Los dilatados propósitos, las finalidades supremas del métodos y el sistema que fundó Santander no fueron comprendidos sino por algunos de los miembros de la clase dirigente de la época, y no siempre de una manera cabal. Todos le dieron el título de "Hombre de las Leyes", con que lo distinguió Bolívar, pero en labios de algunos, esta calificación llevaba envuelto un concepto despectivo o irónico, como si fuera equivalente al de golilla o leguleyo: en los de otros aparecía como la síntesis gráfica de una personalidad hierática, de rigidez incomprensiva, incapaz de apreciar el libre vuelo de las fantasías fecundas que siempre florecen entre los hombres cultos; y para muchos de sus propios amigos, simbolizó apenas el hombre respetuoso con que se designa a un Jefe vigoroso y prestante, dotado de fuerza e irradiación personales suficientes para dirigir con energía un determinado partido, y constituirse en una especie de arrecife, ante el cual venían a quebrantarse el rencor de los enemigos y la adversidad de las circunstancias. Sólo la posteridad ha podido comprender el alcance auténtico de ese insólito apelativo de Hombre de las Leyes, que sólo él ha recibido en América, y que equivale al de fundador y organizador de la República.

Para llevar adelante su labor el General Santander tuvo que enfrentarse en primer término a los militares de la Gran Colombia. Guerrero, pero guerrero togado, comprendió perfectamente que la clase militar, embriagada por las dianas de la victoria y acostumbrada durante una contienda mortal a usar de una autoridad sin límites, implicaba un peligro tremendo para el funcionamiento de la organización civil y de las instituciones regulares. Los jóvenes generales, extraviados por la ambición aspiraban a ser los grandes Duques con título o sin él, de la nueva Patria. Se encontraban desconcertados al percibir que eran insustituibles en la guerra, y no eran igualmente útiles, por falta de preparación, para los grandes cargos del Estado. Y como dentro de la esfera de acción de la epopeya Gran Colombiana, los más conspicuos y brillantes de ellos, habían nacido en Venezuela, atribuyeron a antipatía o regionalismo de Santander, la robusta dureza con que intentaba someterlos, como a los demás ciudadanos, al imperio igualitario de las leyes. Surgió así una facción venezolana adversaria irreductible de Santander, y cobijada con el mando fulgurante de gloria del Libertador Bolívar, que tenía por esos heroicos luchadores un afecto apasionado, y, al fin y al cabo, hijo de Caracas, sentía un amor más hondo por su tierra nativa, aunque su mente abarcara toda la extensión de la América y sus hechos no cupieran en el Continente.

También tuvo Santander que dominar a los románticos civiles de la revolución, a las mentes ilusionadas y un tanto utópicas, que con el

anhelo de imitar a las democracias antiguas y a los girondinos de Francia, sin experiencia de las cosas del Gobierno, ni suficiente comprensión de la realidad circundante, predicaban ideas de tinte demagógico. Libertades ilimitadas, benevolencia ante el desorden, excesiva magnanimidad frente a los españoles vencidos, federalismo libresco, Poder Ejecutivo débil, predominio de las Asambleas, ideas todas divergentes de la concepción doctrinaria de Santander y del temple autoritario de su carácter, ideas inadecuadas para una nación embrionaria. Pero por una de esas evoluciones tan corrientes en la política, todos esos jóvenes tribunos y letrados, que se sentían separados de Bolívar por un abismo intelectual, vinieron a agruparse alrededor de su único posible antagonista, de la más fuerte figura de la Nueva Granada. Escogieron al hombre que se hallaba menos lejos de sus teorías, y cuya soberana firmeza e indiscutible don de mando, subyugaban sus voluntades. Surgió así una facción Santanderista, que moderada por el influjo del hombre que le servía de bandera, sometida a sus planes e iniciativas, le permitió encontrar una sólida base de apoyo para sostener su gobierno en los dos períodos en que fue llamado a ejercerlo.

Esa facción, que años más adelante, apartándose bastante de las ideas de Santander al ser reforzada por un nuevo equipo de pensadores jóvenes constituyó el partido liberal en Colombia, contó desde luego en el territorio de la Nueva Granada con un inmenso caudal de simpatías. Este virreinato había sido especialmente en los últimos años del coloniaje el asiento de una sólida cultura literaria y científica, pero sobre todo jurídica. He hablado atrás del significado espiritual de la Expedición Botánica, que floreció en Bogotá en los primeros años del siglo XIX. Su irradiación sobre la conciencia pública fue inmensa. Pero la idiosincrasia del granadino, su concepción de la vida social, su psicología política, fueron desde mucho antes, por una serie de causas sociológicas que no cabe examinar ahora, ponderadas y reflexivas, legalistas y celosas de los fueros del individuo. Reconcentrados y contemplativos más dados a las labores del pensamiento que a las disciplinas de la acción, un tanto irónicos y escépticos, amigos de la tranquilidad y del orden, con un gran porcentaje de sangre castellana en las capas superiores de la población y herederos en parte de la frialdad e indiferencia que fueron características de nuestro indígena, los habitantes de la Nueva Granada, cuyos centros de cultura se desarrollaron en las altas mesetas andinas al amparo de un clima análogo al del templado invierno del sur de Italia, por ejemplo, pero siempre constante al través de todas las épocas del año, tuvieron una repugnancia natural por la imposición de la fuerza y la arbitrariedad, y prefirieron siempre la autonomía y la libre orientación de sus vidas, a cualquiera

otro de los bienes de la vida. Hasta la circunstancia de haber sido un licenciado en derecho. Don Gonzalo Jiménez de Quesada, el conquistador que fundó a Bogotá, influyó para darles a los granadinos una mentalidad ordenada y jurídica.

Santander trabajaba, pues, en terreno propicio. O lo que es más exacto, encarnaba dentro de un gran equilibrio de fuerzas morales y de energía creadora, la idiosincrasia de la raza. Mejor constituido para sobresalir en la lucha política que los hombres ilustres de su país, fue el tipo representativo de todos ellos. Históricamente, él fue su intérprete y el intérprete de la nacionalidad.

* * *

Dados estos antecedentes, el choque entre Bolívar y Santander era inevitable, y su significado no es en manera alguna el de una contienda por el predominio, sino el de un contraste entre fuerzas sociales diferentes, entre escuelas encontradas, entre concepciones diferentes del Estado.

Bolívar era una personalidad sobrehumana. Estuvo siempre como valor individual por encima de todos los hombres americanos de la época, y, desde luego, por encima de todos los que lo rodearon. Su obra propia, su tarea personal, tienen proporciones gigantescas. Nadie se empinó más alto en el campo del esfuerzo, del sacrificio y de la creación. Bolívar era un auténtico genio. Miradas las cosas desde este plano, no cabe un paralelo entre él y Santander. Enfrentados el uno al otro como entidades espirituales, como tipos de héroe en el sentido de Carlyle, la superioridad del Libertador es abrumadora. No cabe hacer ahora un elogio de Bolívar, que, por lo demás, sería inútil. Me basta decir que mi admiración por su deslumbrante personalidad, es inmensa, fervorosa y reverente. En diversos estudios he tratado de captar algunas de las facetas de su figura proteica y de expresar esa admiración. pero es una ley social que los hombres verdaderamente extraordinarios están destinados a cumplir una misión titánica, que sólo ellos son capaces de llevar adelante, pero cuyo ciclo se cierra con el término de la empresa que los proyecta sobre el proscenio de la historia. Bolívar constituía por sí solo un sistema, una especie de cosmos espiritual, y por lo tanto, consumada la etapa final de su epopeya, no cabía en el campo donde iba a actuar, era incompatible con la normalidad. Como al célebre albatros de Baudelaire, sus alas de gigante le impedían caminar. pero, al igual que otros genios, no se dio cuenta de ese fenómeno. No se dio cuenta de que nadie podía imitar su estilo, de que estaba incapacitado para dejar sucesores, de que ningún otro hombre de su medio podía ejercer el mando a su manera.

De otra parte, es preciso tener en cuenta que Bolívar pasó su vida en una grandiosa perplejidad acerca de los sistemas de gobierno y las ideas políticas, de tal manera que sólo el panorama entero de esa vida nos permite vislumbrar su ideal en este campo del pensamiento o, para decirlo mejor, la evolución y las fluctuaciones de ese ideal, porque sus sentimientos solían reñir con sus conceptos, y sus sentimientos y conceptos con una realidad informe y rebelde.

Desde el célebre manifiesto de Cartagena, dirigido a los granadinos en 1812, resulta muy difícil comprender lo que el Libertador entendía por libertad, porque por lo común usó de ese vocablo para referirse a la independencia, al gobierno autónomo, a la creación de la nacionalidad, más que para aplicarlo en relación con los derechos del ciudadano, para designar las libertades políticas. Pero dos documentos fundamentales, el mensaje al Congreso de Angostura, y el mensaje remitido de la Constitución Boliviana al Congreso de Bolivia, permiten discernir la perplejidad y evolución de su pensamiento.

El primer papel de Estado es una de las páginas más eminentes que salieron de su mano, página talvez sin paralelo en la historia constitucional del Continente. El estilo es majestuoso, severo y solemne, el contenido, denso y magistral. La base de cuantas argumentaciones están allí expuestas, es la soberanía del pueblo y la supremacía de la voluntad popular. El origen de la autoridad y de la organización jurídica lo encuentra Bolívar en las determinaciones de las libres mayorías, libremente consignadas. Y no debe olvidarse que de ahí en adelante, en ningún momento prescindió de esta doctrina, que es dentro de su pensamiento el hecho fundamental que nos autoriza para llamarlo demócrata. Están consignadas allí también las siguientes palabras que son la más autorizada refutación de la carta boliviana concebida seis años más tarde: "las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle; y él se acostumbra a mandarle; de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande siempre".

Con igual vigor está consignado en este discurso el principio de la igualdad política y civil que el Libertador subraya afirmando enérgicamente que la raza india y la negra deben estar colocadas en el mismo pie de la blanca. El documento es armonioso, equilibrado, con igual respaldo en la experiencia y en la teoría. Es la etapa más

feliz, más serena, más certera del ideal político del Libertador. Y hecho un equitativo balance de todas sus partes es una pieza sinceramente republicana, de un liberalismo moderado pero suficiente para justificar esa filiación ideológica en el Padre de la Patria.

Sin embargo, allí están expuestas de una manera insuperable las razones que aconsejan la desconfianza respecto de la aptitud de las poblaciones de América para la libertad, desconfianza que nunca tuvo Santander, que lo esperaba todo de una educación progresiva, del funcionamiento rígido de las instituciones y del ejercicio de esa misma libertad. Allí se hace una descripción de formidable valor sociológico acerca de las condiciones del gobierno colonial, y se dibuja con rasgos escultóricos la pasividad y la impotencia enervantes a que estuvieron sometidos los pueblos subyugados por la corona de España; la elocuencia de aquellos pasajes insinúa en cualquier espíritu una duda sobre la oportunidad de la democracia para aquellos pueblos recién arrancados a la servidumbre.

Allí está consignada la frase que plagió después el señor Núñez en otro documento memorable, y según la cual las monarquías deben ser tolerantes y las repúblicas autoritarias. Allí está preconizada con énfasis magnífico la necesidad de los ejecutivos fuertes, más fuertes que los otros órganos del poder; allí se propone como modelo y arquetipo de gobiernos, la monarquía inglesa, que entonces no había llegado sino a la mitad de su evolución en el sentido parlamentario, y a pesar de eso se afirma al mismo tiempo que el jefe del Estado de las nuevas repúblicas debe tener mucho más poder que el Rey de Inglaterra; allí se habla de oponer diques a la licencia del sufragio; y allí, sobre todo, se propugna el dogma del Senado hereditario, que fue uno de los más grandes y de los más tenaces errores del Libertador. Sin olvidar que entre las libérrima Atenas y la brutal Esparta, Bolívar que sin embargo había demostrado en aquel mensaje tan profunda penetración histórica, se pronuncia, demostrando aberrante ceguera, por la tierra de Licurgo, que como ha dicho alguien, apenas deja de sí el recuerdo de un puñado de hombres testarudos a quienes sacrificó Leonidas en las Termópilas.

Ahora bien: en 1821, Bolívar escribe a Santander desde San Carlos, una carta acerca del curso del Congreso de Cúcuta. "Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona; no han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos del Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los goagibos de Casanare y sobre todas las hordas salvajes del Africa y de América

que como gamos recorren las soledades de Colombia. ¿No le parece a usted que esos legisladores, más ignorantes que malos y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía y siempre a la ruina? Se creen númenes enviados del cielo a la tierra, para amontonar escombros de fábricas monstruosas, y para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter". Estas líneas, de una terrible y encantadora ironía, socavan ya las bases del mensaje de Angostura. Bolívar se va desencantado de un experimento de libertad en tierras bárbaras.

Los azares y vicisitudes de una lucha de quince años, durante los cuales estuvo en contacto con hombres de las más diversas condiciones y sentimientos, y conoció por percepción directa la índole de las varias nacionalidades de la América septentrional, pusieron su espíritu ante expectativas y panoramas antagónicos, que con influjo contradictorio se reflejaron sobre su ideología. Pero es que además Bolívar era aristócrata por la cuna y el ambiente, autoritario como todo militar, y no tenía prejuicio alguno doctrinal contra las monarquías. Esos antecedentes chocaban con su temperamento inicialmente demócrata. Por eso cuando la convicción del hombre de estado o la formación social e intelectual del patricio dominaron su sensibilidad, el Libertador habló siempre contra la democracia. Cuando el ímpetu espontáneo de su rebelde personalidad pudo expresarse sin trabas, Bolívar hizo profesión de fe liberal.

Pasemos ahora a la Constitución Boliviana. Al enviarla al Congreso de Bolivia el Libertador escribió un mensaje pomposo, extravagante y contradictorio que no está a la altura de ninguno de sus documentos fundamentales y que revela ya el comienzo de su decadencia prematura. La mentalidad de Bolívar era capaz todavía de fulguraciones supremas, pero el ritmo de su intelecto declinaba. La guerra y el amor, y una prodigiosa tensión de nervios de quince años, habían minado aquel organismo enteramente joven todavía.

Si la Constitución Boliviana es el reflejo más nítido del pensamiento político del héroe, Bolívar no fue demócrata. Sin embargo, hay razones para creer que ella no representa sino una de las etapas de su incertidumbre.

La democracia es esencialmente el gobierno del pueblo, la dirección del pueblo sobre sus propios destinos, o por lo menos una participación o un influjo preponderante de las masas en la marcha de la cosa pública. La constitución boliviana aparta casi por completo al pueblo de su ingerencia en el gobierno. Es cierto que la organización del poder trata de realizarse de tal manera que no una, sino varias de las fuerzas sociales controlen la autoridad; y el equilibrio se busca, de

acuerdo con el criterio de todos los grandes legisladores, por medio de contrapesos. Pero los elementos que se oponen y se compensan, pertenecen todos a la clase dirigente. Y la fuente misma de la autoridad se arranca de las manos, de la clase popular. El primer Congreso, elegido apenas por una décima parte de los ciudadanos, nombra el primer Presidente vitalicio; éste designa al Vicepresidente que ha de ejercer las funciones de primer ministro y que será presidente vitalicio por derecho propio cuando aquel falte o muera. Las tres cámaras han de renovarse en el futuro paulatinamente a medida que las vacantes se vayan presentando, a virtud de elección hecha por ellas mismas. Los escasos sufragantes apenas dan las ternas. La cámara de los censores es vitalicia también. La de los senadores y la de los tribunos tienen un mandato de ocho y de cuatro años respectivamente. El Presidente nombra con toda libertad sus ministros y es irresponsable e inviolable. El capítulo de las garantías individuales es tan breve y vago que apenas merece el nombre. Se trata de una monarquía, puesto que no han sido hereditarias las más grandes monarquías de la historia, que son el Imperio Romano, el Imperio Germánico y la Iglesia Católica, y puesto que el sistema de reemplazo de los gobernantes es el de adopción que caracterizó el Imperio Romano. Desde luego la autoridad del príncipe está muy disminuida y puede compararse con la del Rey de Inglaterra. Pero no hay como allí disolución de las Cámaras y apelación al pueblo, que es precisamente la clave del régimen inglés y su base democrática inconfundible. En ningún repliegue de la Carta aparece el criterio popular como impulso, ni como árbitro ni como moderador del poder. Todas las decisiones que afecten el porvenir de la nación o decidan de su existencia han de ser tomadas sin su consentimiento. Apenas se comprende cómo ha podido haber críticos que se nieguen a reconocer hechos tan incontestables. Para comprender el espíritu de este grave documento, basta recoger una exclamación del héroe en su mencionado mensaje remisivo: "Un Presidente vitalicio con derecho para elegir el sucesor, es la inspiración más sublime en el orden republicano". Y meditar en esta frase, radicalmente contradictoria con otra de las más altas del mensaje al Congreso de Angostura que atrás comentamos: "El Presidente de la república nombra al Vicepresidente, para que administre el estado y lo suceda en el mando. Por esta providencia se evitan las elecciones, que producen el gran azote de las repúblicas —la anarquía— que es el lujo de la tiranía y el peligro más inmediato y más terrible de los gobiernos populares".

Quizás pueda derivarse de la evolución del pensamiento de Bolívar, tan brusca y violenta en algunos aspectos, la conclusión de que el Genio, angustiado por el dilema torturante de alcanzar dos grandes

finalidades que le parecían contradictorias dentro de las circunstancias de la época, la independencia y la libertad, hubiera decidido sacrificar el último de los dos términos del dilema, la libertad para salvar el primero, la independencia. Es esta la tesis que aparece valedera ante mi criterio personal. Pero sea de ello lo que fuere, la idea de una centralización total de la autoridad, que era a todas luces impracticable por virtud de los imperativos de la geografía y de una antigua tradición de regímenes autónomos en los tres estados integrantes de la Gran Colombia, cuya psicología colectiva era a la vez muy diferente; la idea de un robustecimiento insólito de esa misma autoridad, en momentos en que el anhelo general era el de darle intervención y representación en el gobierno a un pueblo que no las había conocido durante tres siglos y el de refrenar las ambiciones de los caudillos subalternos, que no soportaban sino la jefatura del propio Bolívar, y eso en apariencia; la idea de que tales personajes pudieran resignarse a quedar oscurecidos para siempre por la superioridad de un solo gobernante vitalicio; y la de crear una aristocracia criolla sin el nombre, implícita en el sistema del Senado hereditario, eran utópicas, fuera de ser doctrinalmente inaceptables en un ciclo histórico en que los principios de la revolución francesa dominaban la conciencia universal. Como eran y siguen siendo inaceptables para cualquier criterio democrático conceptos como los que voy a transcribir, y que revelan una filosofía política reaccionaria. Le dice el Libertador a Páez por escrito: "las doctrinas más puras y perfectas son las que envenenan nuestra existencia. La Gran Convención de Colombia dará testimonios nuevos de esta desgraciada y demasiado cierta opinión. Allí el espíritu de partido dictará intereses y no leyes; allí triunfará en fin la demagogia de la canalla". Y le escribe al general Santacruz: "Ahora se verá en Europa y la América que las leyes no valen nada y que la autoridad verdadera consiste en los hombres. Las leyes y los legisladores nos han perdido, en tanto que el General Páez y yo hemos salvado la República".

Salta a la vista, es de una evidencia inmediata, que tales ideas no podían ser admitidas por la mayoría del país que pensaba como Santander y sus amigos, y que triunfó en las elecciones para la Convención de Ocaña, a pesar de toda la gloria del Libertador Presidente. La irreductible oposición del Vicepresidente era un imperativo de su propia mentalidad, y una necesaria consecuencia moral de la formación de su espíritu. Ambos jefes sintieron el zarpazo del resentimiento y de la pasión, por virtud de los reproches que mutuamente se hacían, en el plano de sus diferencias personales. Pero sería empequeñecer la historia sin el menor fundamento, sería absolutamente falso y también irreverente, pensar que sus actitudes, que tenían dimensiones heroicas, pudieran explicarse por querellas o

distanciamientos íntimos. Entre aquellos dos excelsos cerebros había un foso insalvable. Y ambos obraban con absoluta buena fe dentro de sus convicciones y de lo que consideraba como su deber indeclinable.

La mayor parte de los compañeros de armas de Bolívar no comprendieron lo que él significaba, el carácter único e irremplazable de su personalidad, o más bien cerraron los ojos, persuadidos con insólita vanidad de que podían ser sus herederos. Su interés por lo demás consistía en marchar a su lado, para participar de su poder, de su esplendor y de su gloria. Eran los satélites del astro. Pero el astro tenía que ocultarse y ellos no alcanzaron a comprender que entonces se produciría un vacío incolmable, un hundimiento, una catástrofe. Para ellos, en su cortedad de vista, Bolívar podía llenar el papel de la monarquía española. Intentaban fundar un sistema sobre la base de la vida de un hombre. Profesaba consciente o inconscientemente el cesarismo democrático. Un régimen político sostenido por el nombre de un caudillo. La autoridad y el orden impuestos por el arbitrio soberano del Jefe.

Fueron ellos los que perturbaron el criterio del Libertador; y fueron en gran parte sus ambiciones, querellas, emulaciones y turbulencias las que persuadieron a Bolívar de que la democracia completa era impracticable en América durante la primera etapa de la independencia. Concibió él por eso una constitución llamada a servir de etapa intermedia entre la colonia y la República. Una especie original de monarquía electiva, respaldada por una aristocracia sin títulos. Muchos otros factores que tampoco es posible analizar en este ensayo, factores de temperamento, de experiencia personal, de encumbramiento inaudito, de impresiones recogidas en pueblos que no eran los de la Gran Colombia, llevaron a Bolívar hacia la tesis de la dictadura, como dique de la demagogia y la anarquía. A la misma tesis en una u otra forma habían llegado otros insignes varones; en realidad la mayoría de los Libertadores del Continente. Santander no la aceptó nunca; no perdió la confianza en la capacidad de su pueblo para el auto-gobierno.

Mientras aquel hombre genial estuvo fuera del territorio donde el General Granadino ejercía el mandato, los dos se completaron de una manera prodigiosa. Los dos realizaron una tarea de integración y de equilibrio, y las controversias epistolares sobre asuntos de interés público no asumieron carácter grave. Bolívar ganaba batallas, creaba naciones, expulsaba a los españoles de América, consumaba la independencia, recorría a caballo una y otra vez un mundo tan grande como Europa. Y Santander era el único estadista del Continente que gobernaba con absoluta plenitud, sin desórdenes,

convulsiones ni revoluciones y sin ejercer la dictadura. No sólo mantenía la paz interna y consolidaba el estado, sino que arbitraba inmensos recursos y preparaba y enviaba los ejércitos al exterior. Había permanecido siete años en el poder. Pero en abril de 1826, los fermentos de discordia que venían actuando sobre las relaciones entre venezolanos y granadinos, pueblos que se habían unido en 1819 para formar una sola nación o sea la República de Colombia, como se ha visto atrás, provocaron la rebelión del General José Antonio Páez en Valencia. Llamado a responder de su conducta ante el Congreso de Bogotá, se negó a venir. De ahí en adelante, todos los factores morales, regionales, políticos e ideológicos que iban a provocar la ruptura irreparable entre el Libertador y Santander, hicieron irrupción bruscamente sobre el plano de las actividades sociales. Bolívar había llegado a la omnipotencia. Su epopeya estaba terminada con la libertad del Perú; su gloria lo ofuscaba. Y por desgracia su organismo estaba irreparablemente minado.

Cuando el héroe pasó por Guayaquil, de regreso de Lima, encontró que el entonces coronel Tomás Cipriano de Mosquera, había iniciado con un pronunciamiento, la idea de desconocer la Constitución y organizar la Dictadura bolivariana, que no era sino un símbolo del imperio de las espadas y las charreteras, anhelado por todos sus tenientes.

De ahí en adelante, el conflicto era inevitable. El criterio político del Libertador se estrelló contra el de Santander. Produce un estremecimiento pensar en el insigne coraje que representó de parte del Vicepresidente, subalterno, discípulo y amigo de Bolívar, contrariar sus ideas y sus planes y erguirse como ciudadano inerme apoyado simplemente en su fe, para contrarrestar el peso abrumador del poderío y la gloria de aquél jefe máximo. La lucha era en un todo desigual. Y como era claro, después de dos años, de amarga brega, el General granadino fue transitoriamente aplastado. Pero triunfó ante la posteridad, y la república adoptó sus ideas y su sistema, como norma perenne de la vida cívica.

Una serie de desastres marcan la etapa que se extiende de 1826 a 1830. Imposible hacer ahora el recuento de todos los dolorosos sucesos que por un encadenamiento de circunstancias fatales, produjeron el derrumbamiento y la disolución de la Gran Colombia.

Como Jefe del Gobierno el Libertador marchó a Venezuela y perdonó y abrazó a Páez, que desde aquel momento no obedeció ya más que sus propias inspiraciones, y apenas teóricamente siguió acatando la autoridad de Bogotá. Bolívar convocó una convención Constituyente destinada a reemplazar la Carta de 1821 que había

prohibido ella misma toda reforma durante un lapso de diez años. Reunida en la ciudad de Ocaña, esa asamblea se vio colocada ante un impase, pues las fracciones Bolivariana y Santanderista se combatieron sin tregua, decidida la última a no transigir con instituciones semimonárquicas. Se disolvió por último sin llegar a tomar decisión alguna. La dictadura del Libertador convertida en realidad en el mando sin contrapeso de Montilla en Cartagena, de Mosquera en Popayán, de Córdoba en Antioquia, de Flórez en el Ecuador, de Urdaneta en Cundinamarca, suscitaba cada día más el descontento y la resistencia de los granadinos. Santander actuó siempre como Jefe de la oposición. Pero sin intentar jamás el camino de la revuelta. Su censura y su protesta tomaron siempre un cauce constitucional. Hizo uso de todos los métodos persuasivos y razonadores que le suministraban sus propias convicciones para combatir las ajenas, pero no incurrió nunca en el contrasentido de apelar a la violencia.

En cambio algunos jóvenes liberales, enloquecidos por la pasión política, en una hora de monstruoso desvarío, que ni su juventud, ni sus merecimientos intelectuales ni su completo desinterés podrá hacerles perdonar jamás, se atrevieron a esgrimir sus puñales contra el pecho del Libertador.

Está perfectamente demostrado que Santander no participó en forma alguna en aquel crimen político. Es más: por su personal entereza y con grave riesgo personal salvó el día de la primera tentativa de los conspiradores la vida de Bolívar. pero los que habían concebido el atentado eran miembros de su partido. Y bastó eso para que un Juez Militar que era al mismo tiempo el más implacable de sus enemigos, el General Urdaneta, lo condenara a muerte, sin pruebas, con el fin ostensible de segar la más alta cabeza del espíritu civil.

El Libertador, aconsejado por sus Ministros, dio una prueba de su prestancia moral, al conmutar la pena infamante. Pero lo recluyó en la prisión de las bóvedas de Bocachica y más adelante lo exilió del país. Y aquellos hombres que juntos habían hecho con amistad fraternal, con recíproca devoción del alma, las viejas, legendarias campañas, no volvieron a verse jamás.

De ahí en adelante todo es luto y desolación. López y Obando se sublevan en el Cauca y los peruanos invaden nuestro territorio. Sucre obtiene sobre ellos una espléndida victoria en el Portete de Tarqui, pero poco después cae asesinado misteriosamente en la montaña de Berruecos. Desaparece así el más grande, el más puro, el más noble de los amigos de Bolívar. Un poco antes había sido asesinado Córdoba, después de su fatal pronunciamiento en Antioquia. En medio de aquella serie de calamidades, Páez en Venezuela y Flórez en

el Ecuador proclaman la separación de los dos Estados. Se desploma así, sin grandeza, derribado por el caudillaje, el espléndido monumento que había constituido el más apasionado y el más vasto de los ensueños del Libertador. Las Euménides habían caído sobre la Gran Colombia.

Bolívar, destrozado el espíritu, deshecho el cuerpo, entrega el mando a D. Domingo Caicedo y comienza a morir. Caduco y envejecido a los cuarenta y siete años, víctima de su propia gloria, de su propia epopeya, minado por el sol de los trópicos y la fatiga heroica, va a hundirse a las riberas de la patria, en un crepúsculo sombrío, junto al mar, el único testigo digno de su agonía de coloso.

* * *

El Congreso de 1830 había elegido Presidente a D. Joaquín Mosquera, de cuyas débiles manos arrebató el gobierno el General Urdaneta, quien ejerció algunos meses la dictadura y entregó finalmente el mando al Vicepresidente legítimo D. Domingo Caicedo, vista la resistencia del país contra el usurpador.

Pero las circunstancias exigían una nueva organización para la Nueva Granada, puesto que aquellos mandatarios habían sido designados para la primera Colombia, entidad política desaparecida. Caicedo convocó una nueva Convención Constituyente y ante ella renunció su cargo.

Y entonces por inevitable, suprema necesidad, el pueblo volvió sus ojos a Santander. El Congreso lo eligió provisionalmente, en marzo de 1832, y su nombre obtuvo el sufragio casi enteramente unánime de los ciudadanos, poco tiempo después. El General que se hallaba en Nueva York, regresó en octubre de aquel año a encargarse de la Presidencia de la república, en medio de un dilatado oleaje de popularidad y admiración. Era el único hombre capaz de dominar una vez más las circunstancias adversas, y de restablecer un gobierno libre, fuerte, ordenado y sereno. Sin vacilar un instante acometió su obra de reconstrucción, y se empeñó con todas sus fuerzas en borrar las discordias del pasado. Su primera proclama es un hermoso documento de ecuanimidad, de olvido y de paz.

Fue en esa segunda administración, que se extiende desde el 7 de octubre de 1832, hasta el 31 de marzo de 1837, cuando el gran conductor consolidó con mayor amplitud y facilidad la organización del Estado, e impulsó al país definitivamente por la senda que su

pensamiento había escogido con firmeza irreductible, y de la cual no quiso apartarse jamás. El programa de acción que traté de bosquejar atrás se consumió entonces de manera cabal. Por natural imperio Santander dominó el curso de los acontecimientos, y terminado su mandato, entregó el poder a D. José Ignacio de Márquez, que había vencido en elecciones libres al candidato de los amigos del gobierno, D. José María Obando. La alternabilidad democrática quedaba establecida.

Elegido miembro de la Cámara ocupó su curul con la grave sencillez que le era característica e intervino siempre en los debates mesurada y elocuentemente con el anhelo de imitar el sistema de oposición de los estadistas ingleses. Fue en el recinto de esa Asamblea cuando el ataque inesperado de un parlamentario, el Coronel Borrero, le dió oportunidad para pronunciar el discurso, inolvidable por su arrogante ecuanimidad, que ha sido considerado siempre en Colombia como tipo acabado de la elocuencia parlamentaria, y de que hablé anteriormente.

Pocos días después, atacado por una violenta crisis de la enfermedad contraída en las llanuras orientales, durante la campaña libertadora, y agravada por las vicisitudes y amargas de la política, su organismo todavía joven sucumbió bajo el influjo de tremendos padecimientos físicos, que no lograron perturbar la reciedumbre de su espíritu.

En pocas oportunidades ha podido realizarse con mayor exactitud en la vida de un pueblo la imagen abstracta que el arte ha concebido sobre la muerte del héroe. Se destacaba Santander en el féretro con una belleza varonil de trasos escultóricos que presagiaba el mármol, y su rostro había cobrado con la palidez letal una gravedad majestuosa. Arrogante el perfil, afilada la nariz de corte imperioso, pulcro el mostacho marcial, sobre su frente aureolada por el halo de la muerte, vagaban todavía el soplo de la inteligencia, la huella de la razón y la primacía del ideal.

La antigua mirada dominadora parecía dejar escapar aún su magnetismo, a través de la quietud irrevocable de los párpados. Según los cronistas de la época todo el que hubiera visto aquel cadáver singular sin saber de quién se trataba, habría adivinado al prócer, al jefe, al Caudillo. Reducido a su simple estructura corpórea, Santander guardaba todavía aquella extraña fuerza sugestiva que le dio un supremo ascendiente sobre las multitudes y los hombres. Todos los honores que una sociedad pueda tributar a un conductor de pueblos, fueron discernidos al antiguo gobernante. Un estremecimiento de

emoción recorrió las capas sociales. El catafalco fue expuesto durante varios días a la sobrecogida admiración de la muchedumbre, y conducido en hombros hasta su destino final por los generales de la República. Y cuando el cuerpo de Santander cayó a la fosa, se produjo una de aquellas ilusiones psicológicas por virtud de las cuales piensan las gentes que hasta la inexorable marcha del tiempo se ha detenido, para dejarlas suspendidas en el recogimiento y la contemplación interior. Sobre la tierra, al amparo de dos palmas tropicales, sin otro ornamento que su propio nombre escrito sobre una placa de bronce, reposan desde entonces los despojos mortales del Hombre de las Leyes en el cementerio de Bogotá.

Más de un siglo ha corrido después. Durante un siglo, serenas o arrebatadas, las corrientes de la crítica histórica han ido a estrellarse contra el plinto de su estatua, impasible y severa como el espíritu que animó aquellos rasgos. pero la alabanza y el dicitario han glorificado igualmente su memoria, pues de las páginas de sus adversarios surge todavía más esclarecida su figura de gigante, como brota del metal sometido a la acción corrosiva del ácido, la imperecedera agua fuerte.